

UN MODO NUEVO DE RELACIÓN CON DIOS

Algunas cifras que se publican de vez en cuando, desde hace más de una década, muestran consistentemente una disminución de la población que se identifica como católica, y también desacuerdos mayoritarios de quienes se definen como tales, con algunas de las orientaciones, dogmas, y prácticas eclesiales. Solo para ilustrar, en EEUU, un estudio de febrero pasado dice que el 60% de los católicos opina que la Iglesia debería ser más inclusiva, aun cuando eso implique modificar algunas de sus enseñanzas. En Polonia, otro estudio señala que la confianza en la Iglesia católica cayó de 58 % en 2016 a 35 % en 2025 entre los católicos. En Chile la asistencia regular al templo, en diez años, pasó del 26% de los católicos al 16%. En Argentina la demanda por el sacerdocio de las mujeres pasó de 51% en 2014 a 71% en 2024.

Estos datos, y otros por el estilo, preocupan mucho en la cultura eclesial, se asumen diversas posturas y diferentes estrategias. El evangelio de este domingo, nos permite reflexionar el tema y percibir mejor qué es lo de fondo en esto, qué hay en la evolución de la identificación, participación y pertenencia eclesial. El evangelio de hoy nos relata el duro episodio en que Jesús subiendo a Jerusalén, “encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quiten esto de aquí; no conviertan en un mercado la casa de mi Padre.»

En todas las religiones siempre hay una tensión difícil de armonizar entre el polo místico de la fe y el polo institucional. El primero representa la pureza de una verdad espiritual, libre de componendas. El segundo polo implica un código establecido, organización, burocracia, continuidad. El fervor de su misión, de su verdad y de su pasión por el reino, hacía muy difícil que Jesús mirara con buenos ojos la orgánica del templo. Por su parte el templo era el centro religioso de Israel, el único lugar donde se ofrecían sacrificios a Dios. Pero también era un centro económico y político, administrado por la aristocracia sacerdotal, con una fuerte relación con el poder romano. Pero eso no es todo.

El judaísmo en tiempos de Jesús estaba fragmentado en diversas corrientes que interpretaban de maneras distintas la Ley, la Alianza, y la esperanza mesiánica; estaba marcado por conflictos entre

diversos movimientos religiosos. Estas diferencias no eran solo teológicas: implicaban formas de vida, autoridad, economía y poder social.

Jesús vivió y actuó en este entramado complejo, y su enseñanza se sitúa en medio de las búsquedas de estas corrientes. Propone una nueva manera de ejercer la autoridad religiosa, no desde el control de la Ley, sino desde la apertura al Espíritu. Su énfasis en la misericordia por sobre la pureza, su enseñanza pública dirigida a la muchedumbre y su autoridad no institucional lo enfrentaron a las élites religiosas. Jesús fue un maestro judío que encarnó una forma libre de judaísmo, en contraste con corrientes legalistas o exclusivistas.

La expulsión de los mercaderes del templo es mucho más que un gesto de enojo o de “limpieza del templo”. El gesto de Jesús no es solo una denuncia externa, sino una llamada interior a la autenticidad y la gratuidad de la fe. Es una acción profética y simbólica que expresa el corazón del mensaje de Jesús: la llegada de un nuevo modo de relación con Dios.

Más allá de la incomodidad de grupos de católicos con unos u otros aspectos de la doctrina, también necesitamos una profunda renovación y caminar hacia un nuevo modo de relación con Dios. Necesitamos dar pasos para hacer espacio a una nueva epistemología, que renueve el encuentro con la revelación y la tradición sagrada; a una nueva antropología, que renueve la concepción de las encarnaciones de lo humano; a una nueva exégesis que renueve la comprensión de qué es lo sagrado de la Palabra; a una nueva teología moral que hable más de la fuerza de la gracia en lugar de imperativos morales; a una nueva forma de entender el gobierno y la organización eclesial que le dé espacio a una comunión incluyente y universal. Todo ello, para que el diálogo entre el misterio y la experiencia humana deje de ser una abstracción intemporal, fija y dogmática, y “la fe resulte intelectualmente significativa y culturalmente vivible y practicable”.

Parece ser hora de comprender que Jesús nos mira directamente y con voz llena de autoridad, blandiendo un azote, nos dice: «Quiten esto de aquí; no conviertan en un mercado la casa de mi Padre.» ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 09 de noviembre de 2025